

Tierra y Libertad

POR EL PAN CASOS Y COSAS Ni caudillos ni masas

Diariamente contemplamos cuadros de miseria que horrorizan. El hambre y el pauperismo se extienden por todos los rincones de la nación. Aun no podemos explicarnos como el proletariado soporta tan sumiso su estado actual de pobreza y enfermedades. El hambre y la ignorancia lo mismo pueden ser factores de revolución que de mansedumbre.

Un millón de obreros en paro obligado no constituyen aún la fuerza para arrebatar el pan que a otros sobra. Ese ejército de hambrientos que deambula misteriosamente por el solar hispano, baldón que mancha nuestra condición de hombres civilizados, es materia manejable que sirve estupendamente para las conveniencias de los potentados y de todos los que viven a costa de la sangre y el sudor de los trabajadores. Ese ejército de hombres condenados a morir lenta y cobardemente de hambre y miseria, mofados por las muecas del lujo de los ricos, debería ya rebelarse contra las causas o causantes que tan vilmente les encadenan al infortunio y al dolor.

Prezisa que surja definitivamente el gesto viril que marque un triunfo en la trágica y sempiterna pelea por la conquista del pan.

Es el derecho al mendrugo, que nutre y alimenta, que deben conquistar las falanges hambrientas y atormentadas. Pan, para millares de niños que no comen; pan, para infinidad de mujeres y ancianos; pan, para toda la clase trabajadora que pierde la energía y la sangre engordando burgueses, vistiendo a prostitutas, pagando todas las bancarrotas y vicios de grasientos y moletudos capitalistas.

Los obreros sin trabajo, los que seguramente no catarán un pedazo más de pan mientras el régimen actual subsista, deben adoptar otras posturas, ser más viriles, no consentir que su estado paupérrimo perdure por más tiempo y reclamar el derecho al pan y a la libertad que nada ni nadie pueden ni deben arrebatarles. Los que están en paro forzoso; los que se ven despreciados por la burguesía que no quiere alquilar sus brazos; los que constantemente están cercados por el hambre y la muerte; los que no encuentran sitio en el banquete de la vida, deben formar a todas horas en la vanguardia de los frentes revolucionarios, en las avanzadas de esta enorme epopeya emprendida por la conquista del pan.

A. G. GILBERT

Bajo las zarpas de un Estado ignominioso

La opresión, los presos y un barco fatídico

Es el nuestro en la sirte de los dolores, de las represiones y de la pérdida de la poen libertad de que disfrutamos un eterno tejer y destejer. Constantemente tenemos que alzar la voz pidiendo la libertad de los que cayeron en las sangrientas garras de Poder reaccionario. Gritábamos ayer exigiendo la liberación de los presos por "delitos" sociales. Pedíamos la liberación

de los capitalistas, tenemos que empezar una nueva cruzada liberadora. Nuevamente, nos vemos empujados a celebrar (el este mismo gobierno al que combatimos lo "autoriza") milines pidiendo la libertad de los presos por cuestiones sociales. Como en los tiempos desoladores del monarquismo alfonsino, hoy están las cárceles de España atestadas de presos

¿Queréis saber qué clase de personajes son esos que quieren separar a Cataluña del resto de España? Son gentes de estrechas aspiraciones, reaccionarias.

Se trata de esos catalanes trequelados por el separatismo nocivo de la "Lliga" y por la acción separatista de otros partidos que dan más importancia a la lengua vernácula que a la alianza espiritual de los pueblos todos.

Son esos sujetos insatisfechos e ignorantes que se abastecen de la pimante "cultura" del "Bé Negro".

Sólo un "benévolo" puede renunciar contra los más puros sentimientos humanos y abogar por que la desvergüenza y la calumnia tengan lugar preferente en la lengua catalana.

¡No conocéis a un periclitado personaje, técnico él, moderadito, mala lengua y de mucho tapé, cuyo apellido termina en "pes"? ¿No? ¡Qué lástima! Se trata de un pez pseudorevolucionario que se retira de la lucha hasta que los amigos que piensan como él cojan el mango de la sardina confederal.

Es de lamentar el que anfibios de tan brillantes escamas como al que aludimos tengan que situarse al margen de una lucha de marcha moderada, tan necesaria a la burguesía. Sin embargo, se nos va, nos deja en la mayor orfandad y con su fuga pierde el sindicalismo militante (el anarquismo gana) el mejor de los hombres posibles. Hay que organizar un plebiscito nacional para que no se marche. La paz del mundo lo necesita.

El esencial para este inmundado Gobierno compuesto por capitalistas "fríglidos" y por socialistas servidores del capitalismo era quitar de en medio a los que se oponen a que unos falsos y adveneros representantes del pueblo lleven a éste a un estado de suprema ignorancia. Ese es el pecado. El gobierno republicano desea que para que el orden no altere las digestiones de los señores burgueses que los trabajadores contemplan la tierra con bovinas mansedumbre y que se dejen morir de hambre sin decir "esta boca es mía". Y a los que tal no hacen se les mete en la infecta sentina de un buque y se les envía a cualquier horroroso lugar, veneno de infecciosas enfermedades.

El "Buenos Aires" se balancea al sonoro y formidable son de las olas bravas. Los prisioneros que van a sus tenebrosas bodegas, nuestros queridos hermanos, nos transmiten pensamientos de amor y de coraje.

El "Buenos Aires" surea el mar inquieto y en sus bodegas van unos hombres sencillos que perdieron su libertad por conquistar la libertad de todos.

Nuestro pensamiento se resiste a creer que el barco ha zarpado. Nos parece verlo todavía en el dinámico puerto de Barcelona. Junto a ese barco — tumba flotante — sobre el verde esmeralda del mar tranquilo creemos ver surgir a la idea incorruptible pidiendo al pueblo oprimido y doliente preste solidario auxilio a los encarcelados.

¡Ayuda de nervios en tensión para los presos!

Mas el barco salió con rumbo a Guineas. A su salida sólo hubo un cobarde silencio colectivo. Cuando estas líneas se hagan públicas nuestros compañeros estarán a punto de pisar tierras africanas. Los exiliados quizá vayan cantando en estos momentos rebeldes canciones a las que las olas harán coro. Canciones fogosas que nos dicen que no deben pedir la libertad de los presos sociales con telegramas cándidos ni con palabras muertas. Hoy, sea ahora o más tarde, debe conseguirse la libertad de los rebeldes como siempre se debió conseguir: destruyendo los cerrojos de las cárceles, saltando por encima de los carceleros.

Y será el pueblo en masa quien hará esta labor, este pueblo español que creyó que con la República llegaba la felicidad y que ha visto que la República ha traído tan sólo una vergonzosa colección de saltadores políticos, ladrones y cazadores de prebendas y que todo no ha sido más que un juego habilidoso y sangriento para parar un poco el curso de la bancarrota del capitalismo.

Que digan, que hablen esos nequitos hierofantes de la falsedad y de la zancadilla que llevan como salvacorchos un acto de diputado obtenida con falaces promesas en un triste momento de ingenuidad popular. Que digan al en la arbitrariedad sin precedentes en la historia de las repúblicas que acaban de cometer no han pisotado esa Constitución, que tan bajamente elabóran. ¿Qué hicieron esos hombres que van amontonados en las bodegas del "Buenos Aires"? ¿Que tomaron parte en una huelga general revolucionaria? ¿Que se revelaron contra las brutalidades del Estado? ¿Es ese acaso un delito que la Constitución condena a un destierro fatídico? Nadie puede afirmar que el Gobierno republicano (qué vergüenza!) ha obrado con nobles impulsos, ni ha cometido este caso de inconcebible crueldad al más mínimo procedimiento jurídico.

Una treintena de personajes muy apreciados en las esferas políticas han tenido el mal gusto de publicar un famoso manifiesto en un semanario que sólo se tira para divertir la averrida mercancía benandiana.

Lo más lógico hubiera sido que al dar publicidad a aquel manifiesto sindical-fascista, hubiesen tenido el buen acuerdo de seguir recogiendo firmas. Hasta la guardia de asalto en pleno no habría tenido reparos en echar una firma en tan edificante documento.

Una advertencia a los compañeros de la F.A.I.: Si queréis vivir una vida serena, dulce y deliciosa, dejad de perturbar la precaria armonía de la República. No pensad en revoluciones ni en callejones alborotos. Sed prudentes y formales. Que nadie tenga que hablar mal de vosotros. Los hombres sensatos son los que no se meten en nada y quieren que las cosas se hagan como Dios manda. Es tanto hacer revoluciones y, más que nada, criminal. Las revoluciones trastornan la vida de este país. Estad mudos y quietos. Que el único ruido que hagáis sea cuando la música hora del "Angelus" entonéis los salmos en honor a San Ignacio, el patrón del entusiasmo. Si es comportar como seres normales y pacíficos, no sólo no os meterán en la cárcel, sino que además os regalarán un relicario.

Ha dicho Lestrux que en el Gobierno actual no hay gobierno. ¡Caramba! Lo dice y se queda tan fresco. Siempre se queda en la misma situación.

ANARKOS

Los trabajos que sobre nuestros compañeros deportados a bordo del "Buenos Aires" van en el presente número tenían que haberse publicado en números anteriores. Causas que ya señalamos en el de la semana pasada lo impidieron. Hacemos esta advertencia por lo que dichos artículos pudieran tener de inactual ya que el Gobierno ha anunciado que los deportados a Bata quedarán en "Río de Oro". No obstante, si tal anuncio se realiza, a pesar de que estarán en una situación algo más benigna, no por eso queda atenuada la injusticia que contra los obreros deportados se ha cometido.

No esperamos a que estalle la revolución para realizar un poco de anarquía, toda la anarquía posible, en nuestra vida. Si no fuera del movimiento propio, por lo menos dentro, la libertad, la justicia y la solidaridad deben ser realizadas en los límites realizables a partir de hoy mismo. La revolución comienza hoy, no mañana o el siglo que viene. Debemos prepararnos para la vida libre desde este preciso momento y no esperar el día milagroso de la victoria final.

Con el pretexto o el subterfugio de que actualmente es difícil conformar nuestra conducta cotidiana a nuestros ideales, y en la confianza ingenua en la transformación repentina del hombre por obra de magia, se descuida muchas veces la educación revolucionaria en los individuos. El mal de hoy, se supone, desaparecerá después de la revolución, y no se piensa que cuanto menos defectos del régimen capitalista y autoritario llevemos a la revolución, más factible y fecunda será ésta.

La anarquía, como ideal de libertad, es contraria a la idea y a la existencia de gobernantes y de gobernados, y en consecuencia a la idea y a la existencia de caudillos y acaudillados. El caudillo, lo mismo en los partidos políticos que en los movimientos sindicales y... hasta en los grupos sindicales, es siempre el representante del principio de gobierno. El caudillo de hoy es el ministro o el presidente de mañana. Los acaudillados, por su parte, los que no pueden aventurarse a emitir un juicio, a pensar independientemente, a obrar como hombres dueños de su cuerpo y de su espíritu, llevan la tradición de la servidumbre, de la esclavitud de los gobernados.

Ni unos ni otros, ni caudillos ni acaudillados, pueden pretender que han comprendido la esencia de la anarquía, sus postulados fundamentales.

Es humillante el hecho de aprovechar la ignorancia o la debilidad de espíritu de un hombre para hacerle sufrir nuestra influencia, para hacerle acatar el principio de nuestra superioridad, que equivale a tanto como a hacerle aceptar el principio de nuestro dominio; es tan humillante eso como la misma servidumbre, la obsecuencia, la esclavitud de las masas.

Tenemos como el que más, nuestros amigos, a quienes respetamos, a quienes admiramos, cuyas palabras nos inspiran la máxima confianza, cuya vida nos causa orgullo, cuya superioridad intelectual no ponemos un solo momento en tela de juicio. Pero aun frente a ellos no abdicamos nuestra personalidad, no renegamos de la anarquía convirtiéndonos en sus esclavos. Aunque hagamos nuestras muchas de sus gestiones, ese proceso se verifica a través de nuestro sentido crítico, de nuestra capacidad de reflexión. En eso no hay autoridad de jefes ni obediencia de esclavos, de rebaño.

Por lo demás, nosotros no nos separamos, como el fuera de naturaleza distinta, el espíritu de dominio, de mando, de caudillismo, del espíritu de sumisión, de obediencia. Regularmente los tranqueos, de los Estados, de las organizaciones políticas, de las propias corporaciones sindicales, salen justamente de los más propensos a obedecer. El mando y la obediencia tienen la misma raíz psicológica. No se puede combatir el uno sin combatir la otra. De ahí que la verdadera lucha contra el principio de gobierno no es la que se agota en invectivas contra los gobernantes, sino la que ataca el mal en sus raíces, en la servidumbre voluntaria, propiciando el deber de la desobediencia.

Hagamos desde hoy esa labor educativa para la libertad. Todos somos iguales, todos tenemos los mismos derechos y los mismos deberes. Aunque las aptitudes, las capacidades sean distintas, no se puede humanamente fundar en ellas una jerarquía de valores políticos. Si lo hiciésemos, tendríamos que renunciar a la anarquía.

La figura del verdadero anarquista es la del que no quiere mandar ni quiere obedecer, la del que siente tanta repugnancia siendo caudillo como siendo acaudillado. Esa es la figura que debemos exaltar, como única forma de reacción contra la debilidad de espíritu de los que no pueden vivir sin amos y contra los aprovechadores de esa debilidad.

¡Ni caudillos ni masas! El hombre libre en la sociedad libre. Tal es el ideal, que si no es completamente realizable, por lo menos se puede realizar en los límites de nuestro movimiento emancipador.

El día que nosotros recurramos a un rebaño, convirtiéndonos en sus caudillos, para hacer primar tal o cual punto de vista, tal o cual manera de ver, ese día habremos dejado de ser anarquistas. Todos los amigos de la libertad tendrán derecho a señalarlos con el dedo y a censurarlos como tráfugas. No seremos entonces los mismos que somos hoy, tan lejos del espíritu de mando como del de obediencia.

L. P.



Junio al barco — tumba flotante —, sobre las olas del mar surgió la IDEA incorruptible pidiendo a los trabajadores solidaridad para los compañeros encarcelados. Pero el barco partió...

dad de todos los viriles que tuvieron la rebeldía de protestar de un régimen infamante y brutal. Podíamos la liberación de los trabajadores anarquistas, sindicalistas y comunistas que eran los únicos a quienes el vergonzoso gobierno borbónico había dado la exclusividad para permanecer torpemente en las cárceles y presidios. Y aprovechábamos los que estábamos en la cárcel como los que estábamos en la ergástula, todo momento para exigir, desde y donde podíamos, que volvieran a sus hogares aquellos que no habían hecho otra cosa que ser obreros amantes de la libertad y de la justicia.

Y hoy con un gobierno grotesco, falsamente democrático, con un gobierno hecho con la más corrupta levedad clerical y cocido en los hor-

político-sociales. Y existe — cosa que en el período más brutalmente represivo de la dictadura pririmorviva no ocurrió — un desventado barco que va rumbo a una siniestra isla inhospitalaria en cuyas tenebrosas bodegas lleva más de un centenar de hombres. Barco que va al mar sólo de la más negra reacción española reprobada especialmente por el orgullo triunvirato infame que encarna en Omsaras Quiroga, Azafia y Largo Caballero.

Osí todas las cárceles españolas encierran los cuerpos de los que saben que el Estado republicano español es un torpe y fementido freno de los ardientes anhelos proletarios.

Pero lo indignante, la incalificable hazaña de unos gobernantes sin pu-

ta de diputado obtenida con falaces promesas en un triste momento de ingenuidad popular. Que digan al en la arbitrariedad sin precedentes en la historia de las repúblicas que acaban de cometer no han pisotado esa Constitución, que tan bajamente elabóran. ¿Qué hicieron esos hombres que van amontonados en las bodegas del "Buenos Aires"? ¿Que tomaron parte en una huelga general revolucionaria? ¿Que se revelaron contra las brutalidades del Estado? ¿Es ese acaso un delito que la Constitución condena a un destierro fatídico? Nadie puede afirmar que el Gobierno republicano (qué vergüenza!) ha obrado con nobles impulsos, ni ha cometido este caso de inconcebible crueldad al más mínimo procedimiento jurídico.

SINCERIDAD

Si hay algo que de un modo fundamental puede valorizar al individuo no hay duda que ello es la sinceridad. No es cualidad muy común la de ser sincero. Aun entre individuos cultos e incluso poseyendo ideales de extrema izquierda, abunda la cobardía de manifestar lo que se es. Se finge en la mayor parte de las ocasiones; se encubre la realidad con una máscara de apariencias.

Por no tener sinceridad se toleran los defectos del amigo; por no tener sinceridad se propaga una cosa y luego se hace otra; por no tener sinceridad se permite que haya hombres veletas en las organizaciones obreras, o en las de quienes dicen pensar libremente; por no tener sinceridad se afirma conocer lo que muchas veces se ignora.

La falta de sinceridad nos hace vivir engañándonos unos a otros; escudándonos unas veces con la petulancia, otras con la hieracia, e incluso en ocasiones con la aviesa intención de un egoísmo desmesurado.

...En tanto, en los individuos considerados como conscientes, no haya el prurito de ser verídicos; de exteriorizar mutuamente lo que se es y lo que se piensa, no será posible realizar nada de trascendencia en el orden moral. Se realizarán intentos, proyectos, pero ello sucumbirá ante el peso de las inconfesadas defectuosidades de quienes hayan tomado una decisión; siendo una de tales defectuosidades el llamado amor propio, que encarna la soberbia, y el orgullo; que no permite reconocer el propio mal, los defectos que se poseen.

La sinceridad debe principiar por uno mismo poniendo en acción aquella máxima socrática que dice: "Hombre concéte a ti mismo". En efecto, investigando en vuestra propia individualidad comprenderemos aquello que en ella haya de defectuoso, de nocivo, que como un lastre ancestral se halla enclavado en nuestro fuero interno.

Conocidos los defectos propios, será más fácil comprender aquellos que posean los demás. Con los conocidos, con los amigos más íntimos, debemos procurar que nuestra amistad lo sea hasta el extremo de mostrarles sus morbosidades morales, sus prejuicios, todo cuanto los desvalora a nuestros ojos.

Si la amistad tiene como base la afinidad moral, cuando ésta no es más que algo ficticio, superficial, si termina por no ser lo suficiente sólida para poder resistir una prueba de sinceridad, como es la de poner de relieve determinados defectos, mejor ha de ser perderla que continuar cultivándola.

La sinceridad puede manifestarse de diferentes formas según el carácter, el temperamento del individuo, unas veces puede ser de un modo brusco, impulsivo, otras de una forma dulce, persuasiva. Sea como fuere es mejor decir lo que se siente que no callar o fingir.

Es cierto que la sinceridad puede acarrearle al individuo algunas antipatías por parte de quienes se consideran dañados. Pero al estar conforme con su propia conciencia es lo esencial, y quien conscientemente dice la verdad como él la siente, puede enorgullecerse de ello, ya que está de acuerdo consigo mismo.

FONTAURA

Linotipia J. Bertrán.—Extensa, 40